

Alberto Blecua: adiós a un maestro cervantista (1941-2020)

Se nos ha ido Alberto Blecua, uno de los filólogos y cervantistas más prestigiosos y decisivos del siglo XX. Murió en Barcelona el 28 de enero de 2020.

Alberto Blecua formaba parte de una de las estirpes filológicas más sobresalientes, una de las que ha dejado a su paso una estela de brillantes discípulos, parte esencial de la historia de la filología de nuestro país. Hijo de don José Manuel Blecua y hermano del otro José Manuel Blecua, lingüista, que llegó a ser director de la RAE. Alberto Blecua, doctor en Filología Románica, fue profesor de instituto y desde 1970 fue uno de los docentes más prestigiosos de la Universitat Autònoma de Barcelona. En estos momentos era catedrático emérito de esta universidad. Fue miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española, y presidió la Asociación de Cervantistas desde 1995 a 1999.

Durante sus años universitarios, tanto en la Autónoma de Barcelona, como en las universidades de Harvard o la Sorbonne, donde estuvo como profesor visitante, Alberto Blecua desarrolló una rica investigación sobre diversos autores medievales y de los Siglos de Oro: el *Conde Lucanor*, el *Auto de la pasión*, la poesía de los siglos XV y XVI, la poesía de Cancionero, Boscán, Garcilaso de la Vega, los libros de caballerías, el *Lazarillo de Tormes*, Diego Saavedra Fajardo o Góngora serán autores y obras a los que volverá una y otra vez. Como así lo hará con *El libro de buen amor* del arcipreste de Hita, o el *Quijote*, de los que nos brindó ediciones esenciales, así como a Lope de Vega, una de sus grandes pasiones: en 1989 funda el grupo de investigación PROLOPE, que ha permitido editar decenas de las comedias lopescas desde entonces.

Alberto Blecua fue uno de los impulsores de la crítica textual moderna en España, de esa disciplina muy poco conocida entre los universitarios hispánicos que permite editar de manera científica los textos antiguos y modernos. Su *Manual de crítica textual* del año 1983 sigue siendo un texto esencial para todos los que nos adentramos en este campo.

Los últimos meses los dedicó a preparar su colección de textos cervantinos para publicarlos en un libro, que se titulará *Doce estudios cervantinos*. Es curioso cómo Alberto Blecua había decidido organizar su investigación cer-

vantina: el volumen lo encabeza el trabajo «Cervantes, regocijo de las reliquias», publicado en el *ABC Cultural* el 24 de abril de 2015, y lo finaliza uno de sus trabajos iniciales más interesantes, uno de los primeros en reivindicar el género caballeresco en el lejano año de 1972: «Libros de caballerías, latín macarrónico y novela picaresca: la adaptación castellana del *Baldus* (Sevilla, 1542)». Y en medio una decena de artículos como una mesa de trucos donde se analizan algunos de los temas más queridos y transitados por Alberto Blecua: la retórica, las notas léxicas, la estructura, la intertextualidad o la historia de la literatura. Artículos en que sobresale su capacidad de devolverle luz a la literatura, a esos textos que él citaba con la fluidez de las lecturas continuas y que nunca dejaban de sorprendernos. Artículos y acercamientos que siempre tienen un momento de genial iluminación, como ese análisis de la edición de Diego Hurtado de Mendoza impresa a costa de Francisco de Robles, que plantea la posibilidad de un trabajo editorial cervantino continuo en casa del librero, muy vinculado a la imprenta de Madrigal-Cuesta-Quiñones. Textos llenos de erudición, de lecturas, de sabrosísimos comentarios y de mucha sabiduría. Y de mucho humor, de esa certera ironía que siempre enriquecía sus conversaciones, su tertulia en el Yate. Y de muestra un botón: así comienza su artículo de 2015 cuando evoca los trabajos para encontrar las reliquias cervantinas en el Convento de las Trinitarias de Madrid. Una polémica que ha llenado cientos de páginas –y muchos minutos televisivos en todo el mundo–, Alberto Blecua era capaz de reducirlo a un párrafo, que no tiene desperdicio:

Las críticas y burlas que se han vertido últimamente ante los magros resultados esqueletiles del difunto Miguel de Cervantes Saavedra que ha llevado a cabo un experimentado equipo de arqueólogos son de todo punto injustificadas. Si se sabía desde hace siglos que estaba enterrado en las Trinitarias, lo lógico era, y más en su centenario, que con los medios técnicos actuales se intentara recuperar sus restos. No para acrecentar el erario público y monjil con una ruta turística que, sin duda, será muy útil a los madrileños y a todos los que nos dedicamos a la resurrección literaria de los muertos. O sea los filólogos de toda ralea. Tenía más interés para la ciencia conocer desde el ADN hasta las enfermedades y, desde luego, el esqueleto completo. Es pena que solo se conserve una pepitoria de huesos confundidos con los de los otros difuntos que yacían en la cripta. Pero, en fin, se intentó y es acción que todos debemos de agradecer.

«Resultados esqueletiles»... Sin palabras.

Pero su brillante currículum, que se puede concretar en más o menos títulos y entradas bibliográficas, quedaría incompleto si no destacara uno de los aspectos que más hemos valorado y admirado todos los que hemos tenido la fortuna de conocerle y de trabajar con él: su capacidad de ser un maestro. Una maestro sabio y generoso. Un maestro que siempre tenía la frase justa para animarnos en los momentos de desánimo. Un maestro que compartía generosamente su sabiduría, sus lecturas, sus pasiones con todo aquel que se le

acercaba con una duda, con una propuesta. Un maestro que nos enseñó a varias generaciones a editar textos antiguos. Un maestro que nos ha enseñado –como lo seguirá haciendo con sus escritos– a amar la literatura, la lectura de los textos. Escribe al inicio de su libro «Signos viejos y nuevos»: «Nunca he creído en la teoría literaria de los *modernos*. Es un defecto grave, pero siempre me he movido en la praxis. Quiero decir que siempre he procurado ir a los textos y no a las grandes categorías críticas que todo lo explican sin matizar con todos los detalles».

Se nos ha ido Alberto Blecua, el maestro de los detalles, el maestro que nos enseñó a editar y leer los textos de manera correcta, que siempre tenía un proyecto entre las manos y una frase generosa en los labios.

Como todo buen maestro, Alberto Blecua vivirá en sus textos, en sus investigaciones, pero también en el cariño y la admiración que supo cosechar a lo largo de su vida, en los recuerdos y las deudas que cientos de filólogos hemos contraído con él a lo largo de los años.

Se nos fue Alberto Blecua, uno de los últimos maestros de la Filología.

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS
Universidad Complutense de Madrid

